

Humberto Giannini, **La metafísica eres tú. Una reflexión ética sobre la intersubjetividad.**

Santiago de Chile: Editorial Catalonia, 2007, 170 páginas.

Marcelo Olate Díaz*

NO ES extraño ver ya, en el terreno filosófico, que una reflexión ética parta del terreno de la intersubjetividad, es decir, del espacio entre sujeto y objeto. Y que, por otro lado, esta reflexión se realice en el terreno del lenguaje que cubre este *entre*. Lo nuevo y lo llamativo en el libro del filósofo chileno es la co-implicación de acción comunicativa y experiencia moral, él expresa: “[...] nuestra tesis es que **toda acción comunicativa comporta cierta experiencia moral y toda experiencia moral comporta algún tipo de acción comunicativa**. Esto es lo que llamamos ‘eticidad de la vida’” (p. 27). En efecto, el lenguaje no es tomado aquí sólo como referencia objetiva, en la medida que se está ante alguien, también es experiencia ética. En este sentido el horizonte de la investigación ética es la comunicación, de aquí parte este trabajo.

En una primera aproximación, el texto se puede dividir en dos partes: la primera abarca del capítulo I hasta el X, donde se delimita el espacio propio de la intersubjetividad, el espacio público. En segundo lugar, del capítulo XI en adelante, se describirá la acción comunicativa, base de toda relación ética. Para el primer objetivo, Giannini partirá de la reflexividad de la vida cotidiana. Su punto de partida es la **búsqueda de lo común**, el tránsito que lleva desde lo privado a lo público, re-flexión cotidiana –en el sentido de volver siempre sobre sí. Tres tipos de reflexión considera Giannini: a) reflexión circadiana, ritmos más o menos de 24 horas, en relación al espacio; b) reflexión psíquica; y c) reflexión social, en relación al tiempo. La reflexión circadiana, espacialmente considerada, es el transitar del domicilio, pasando por la calle, al trabajo, para lue-

* Profesor de Filosofía. Programa de Magíster en Filosofía Moral. Facultad de Humanidades y Arte, Universidad de Concepción, Concepción, Chile. E-mail: molate@udec.cl

go volver al domicilio, pasando nuevamente por la calle. Por otro lado, la reflexión psíquica, se funda en la reflexión circadiana. Por esta razón la identidad no es sólo captarse como sujeto de ciertos pensamientos, sino que está indisolublemente unida al pasar propio de la especie. La identidad es para Giannini: “Inseparable de mi odisea diaria en el mundo alterante de lo otro y de los Otros, y de regreso a ‘lo mío’ [...]” (p. 19). El domicilio es lo propio, la densidad de las pertenencias. En ambas reflexiones algo se retiene. La vida domiciliada pretende infructuosamente retener el Ser de las cosas. Pero éstas aparecen bajo el signo de la contingencia, ¿cómo podría, el ente más contingente de todos, cobijarse allí?

El ser humano, según Giannini, tiene una naturaleza transeúnte, lo que es prueba de la historia humana como búsqueda de lo otro. Por ello, teóricamente hay que abandonar el punto de vista del solitario *yo pienso*. El lugar propio de una investigación ética es la intersubjetividad, la acción, primeramente, comunicativa. Aquí es, para Giannini, donde tiene que ubicarse el investigador como observador. El fin de la acción comunicativa no es primariamente mover o remover algo del mundo, sino que promover una cierta *re-acción* en el receptor. La comunicación implica una cuestión ontológica, el ser recíprocamente ante el otro. En este *ser ante otro* la referencia a un mundo es sólo referencia en tanto nos comunicamos, por esta razón toda acción comunicativa es experiencia moral. Ahora bien, de acuerdo a Giannini, la experiencia moral es experiencia de un defecto de la voluntad ajena. Mientras no ocurre nada, el bien es transparencia, se identifica con el ser; es lo que debe acaecer. La tradición había sostenido que hay una tendencia universal al Bien. Pero, para el hombre contemporáneo, se pregunta Giannini: “¿Es imaginable que alguien llegue a experimentar un Bien [...] con tal exigencia de exclusividad y firmeza que, de faltarle, nada valga la pena, incluso la propia vida?” (p. 37). Es imaginable, responde, pero no en el sentido de un Bien Soberano al que debe tender todo ser natural, sino como un valor personal. En este cuadro, el mal irrumpe como desengaño que sucede camino hacia lo otro. Es desolación. De la experiencia negativa del enjuiciamiento y de la ofensa es de donde parte toda reflexión sobre la ética de la vida.

El ser humano y la naturaleza, según Giannini, llevan el signo de la contingencia, sólo que las cosas no lo saben, son pura *deuda de ser*. Mas, en el mundo humano, lo pasado es una contingencia cumplida, a diferencia de la contingencia futura que no tiene nada de realidad. El ser del hombre es imprevisible. Siempre somos arrojados al mundo, pero por los otros. Antes de ser un yo domiciliado se es un *anónimo nosotros*, llegados al mundo a buscar una efímera identi-

dad. La tercera reflexión, la social, Giannini la estudia una vez que ha tratado el concepto de *deuda de ser*. Las cosas del Universo y el Universo tienen el signo de la contingencia. Cada uno es contingente porque depende necesariamente de los eslabones anteriores de la cadena. Lo que se llama reflexión social es un traspaso de ser que ocurre entre una generación y otra. Son los modos reflexivos en que una sociedad se vuelve sobre sí misma, en un entregar y recibir de una generación a otra. La primera deuda es de humanidad con la generación que se inicia a la vida. Es pertenencia.

Para Giannini es en el espacio fuera del domicilio donde se encuentran las referencias que hacen ver el sentido propio, el llegar a alguna parte. Pero ahí se presenta también la familiaridad del lugar donde se habita. El paisaje hace sentir el arraigo al lugar propio. Aunque, el impulso primario de la vida es hacia lo otro, la orientación primaria en el mundo se hace desde el domicilio. El terruño es uno de los símbolos más fuertes de la pertenencia al *mundo*, el mundo del espacio civil. Aquí, con la acción de los sujetos, se conforma lo esencial del proceso colectivo. La acción, según el argumento de Giannini, es la unidad mínima de los movimientos del ser humano. La conciencia de sí en lo que se hace y el querer, escapan a un observador externo, la acción es inobjetable. Mas, son los actos privados los que soportan la inter-acción. La conciencia siempre es conciencia de algo, siempre está fuera de sí, sostiene Giannini: “la conciencia **es iluminada por eso mismo que ella ilumina** [...]” (p. 80). Ahora bien, en la acción el sujeto escapa a la causalidad del mundo, ella no es un fenómeno, pues se lee, se interpreta. Se lee en una acción: a. el significado de la acción, cada sujeto *sabe* qué hace; b. la voluntad; y c. el fin, que es su intención y sentido. Por estos tres aspectos es que la acción es evaluable moralmente. Ella tiene un significado y es éste el que funda su aprehensión y el juicio que se elabora *a posteriori*.

En segundo lugar trata Giannini la acción comunicativa. Comunicarse es la acción propia y primariamente humana que ocurre entre dos sujetos. Es poner ante sus ojos aquello en que se quiere que pose su vista. En la acción comunicativa se cede la iniciativa al otro, eliminando la posibilidad de la imposición arbitraria. El discurso oral es la plenitud del discurso, sostiene Giannini: “[...] hablamos **porque** los seres humanos **somos**, metafísica y no sólo empíricamente, una comunidad” (p. 104).

El ser de una acción comunicativa, de acuerdo a Giannini, coincide con el significado, este es el modo de relacionarse entre los sujetos (informando, ordenando, prometiendo, etc.). En cualquier acción comunicativa participa la vo-

luntad del emisor. No es trivial, según Giannini, en qué forma el emisor ponga ante el receptor los objetos que quiere significar. Toma aquí el concepto de *fuera ilocucionaria* de Searle. Por ejemplo: la reprobación ‘repruebo lo que has hecho’, puede convertirse en una invectiva ‘¡eres un hipócrita!’. El discurso ético, “Hace emerger a primer plano aquellos modos de significar sacrificados por la coherencia atemporal del discurso teórico [...]” (p. 100). En efecto, en la acción comunicativa actuar es inter-actuar, por ello que la experiencia moral ocurre como comunicación y posible incomunicación. No obstante aquello, según expresa Giannini, hay que distinguir entre acción comunicativa (la proposición, el *verbum exterius*) y juzgar. El juzgar es un acto que pertenece al ámbito de la mente, es dar un dictamen, es determinar en un acto atemporal, indiviso, lo que de hecho es o lo que no es. “La acción comunicativa, en cambio, el proponer, implica por principio enunciar, anunciar, **como** verdadero lo que dice” (p. 128); pero es un hecho que se puede esconder la realidad. Por ello para Giannini, se tiene que pensar la verdad desde otro espacio, desde la intersubjetividad. Ahora, no se trata de desentenderse completamente del acto de juzgar. Las conciencias juzgantes dan sentido a la acción comunicativa, van implicadas en ella. En ese sentido, las acciones son las que tienen, en virtud de su significado, un valor positivo o negativo. La acción comunicativa es valorable desde un doble punto de vista: porque se da en una circunstancia que la individualiza y porque es el campo propio de la evaluación ética.

Una evaluación negativa, según Giannini, llama al diálogo, éste: “es convocado [...] a raíz de un problema que se percibe en una tarea común en el que hay intereses o ideales [...] amenazados” (p. 135). El diálogo moral gira en torno a la ofensa. Ésta, que es tomada como degradación de la dignidad, ocurre cuando el otro transgrede la reciprocidad que fundamenta la acción comunicativa. Entonces se puede preguntar: ¿cómo vuelve el conflicto moral al cause del diálogo? Es cierto, señala Giannini, que: “El conflicto es el motor de los procesos sociales” (p. 141). Pero para encauzar el diálogo es fundamental que el ofensor se justifique ante el ofendido. En el justificar-se se está ante otro como ante sí mismo. Éste ser transparente para sí mismo de la justificación posibilita acciones como el prometer, el jurar. Se da así la presencia real frente a cualquier sujeto como ser auténtico. Si la justificación no lleva este ánimo se vuelve a ofender. Por ello, según expresa Giannini, se puede analizar el perdón como experiencia límite. Ahora, para estudiarlo en su profundidad hay que captarlo sólo en su transparencia que es la ofensa, por esta razón se tiene que sacar fuera del ámbito teológico. La única finalidad del perdón es ser perdonado. Se pide perdón por un

perjuicio causado del que se está conciente de ser culpable. La tensión más grande la alcanza el pedir perdón frente a lo injustificable. En este caso, se pende en su integridad de la voluntad donante del ofendido, el perdón que se da. De acuerdo a Giannini, para analizar el perdón –desde el perdón que se da– hay que *desju-ridizarlo*. No hay perdones institucionales. Ahora bien, el perdón que se pide es una acción, en cambio no por el hecho de decir ‘te perdono’ ocurre el perdón. La declaración no coincide necesariamente con el tiempo del perdón real. No obstante aquello, el perdón que se da, para Giannini, es algo bueno; ocurre como la inspiración o como el amor en el corazón humano. Al perdonar lo imperdonable el perdón simplemente ocurre. Y si ocurre, es posible. Es un evento ‘hiperbólicamente ético’. Para terminar Giannini sostiene que ocurra el perdón no significa que se borre el dolor y el recuerdo del bien perdido. El perdón que se da y el que se recibe sólo pueden ocurrir en un encuentro en el dolor. En el tema del vivir humano se ha inclinado la balanza desde una reflexión metafísica al campo de la evaluación propiamente ética, la acción comunicativa, aunque sin dejar de lado la cuestión ontológica que lleva consigo. Interpretación que en todos los sentidos parece fundamentarse en el co-existir propiamente humano. A nuestro juicio se muestra como una aplicación novedosa de la teoría de los actos de habla, que parece acercarse a lo propio del existir humano, la inter-acción en el vivir.